

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 19 DE NOVIEMBRE DE 1896

NUM. 313

NUESTROS MUSICOS



MAESTRO ESPÍ.

MADRID POR HORAS

Estábamos reunidos en *petit comité* bajo las bóvedas desconchadas de una taberna de última fila.

Todos éramos personas distinguidas, desde el mozo de cuerda de noble continente, hasta el linajudo golfo de Madrid.

Presidía la tertulia, y hacía los honores de la casa, una fea y desvergonzada verdulera del barrio de los Montenses.

Los vasos fregoteados por el sucio mozo del mostrador, circularon mal mediados de vino por centésima vez entre la distinguida concurrencia.

La verdulera, sorbió su vaso cogido á uso de taberna con los dedos hasta el fondo y exclamó limpiándose los labios con una mano de *Heraldos*.

—Sus voy á contar mi historia que es la mar de interesante mayormente, si sus estáis quietos y no metéis la pata.

—Oyes tú, interrumpió un colilla ofendido, creo que cada cual sabe donde tiene la nuez y creo que cada cual alterna y sabe sus derechos cuando una señora habla; que es callar y respetar el silencio, mientras y tanto que la supradicha señora se sostenga en el uso de su palabra.

—¡Ele!

La *socia*, tosió, se ahuecó, y bebiendo un sorbo de vino, empezó la relación:

—Yo soy hija de padres desconocidos aunque honrados; me crié en el barrio, y á los seis años ya vendía alfileres de cabeza gorda en la calle del Arenal, después, crecí, poco á poco, y llegué ser una mujer de búten.

Las alfileres de cabeza gorda, se daban mal, porque empezaron la mar de chiquillas á vender en la misma esquina y tuve que agarrarme á un veinticinco de *Liberales* por la mañana y otro de *Heraldos* por la noche ó total, los garbanzos, en la *tasca* al medio día; lo que caía por la noche; y la *piltra* de la calle del Acuerdo á última hora, cuando ya no quedaba una mala colilla para recoger en todas las calles de Madrid.

Un día, en la Puerta del Sol, me enamoré del *Chato*, un chico guapo, mejorando lo presente, que me convidó á café económico en cuanto que nos hablamos, y lo cual que le agradecí, porque estaba la mar de desmayá en aquella maldita madrugá que llovía si Dios tenía qué.

El *Chato*, fué creciendo, y haciéndose hombre hasta que al fin se lo hizo pá mí.

Y lo que luego pasó... necesita vino, algo más de vino pá contarlo.

Los compañeros de *tasca*, rieron, gritaron; el echador, sirvió otra docena de copas; bebieron y la *socia* afectada por el sentimiento ó por el vino, (arcanos psíquicos que alguna vez se confunden) rompiendo en llanto exclamó:

... Y se lo han llevado á Cuba; le tocó y allá está...

Y la pobre *golfa* gimoteando en un rincón se quedó sola estrujando su mano de *Heraldos*, cuyo *fondo* elogiaba las glorias de un ser anónimo, de un pobre soldado, ¡del *Chato*!

La pobre *golfa*, lo ignoraba, y llorando seguía estrujando sus periódicos...

No sabía leer.

* * *

No quiero terminar esta crónica escrita en Madrid, y cuya nota mantengo, perdonando para otra vez la actualidad, sin manifestar á ustedes que la semana pasada hice un corto viaje á esa ciudad condal de la que he quedado enamorado.

¡Qué población! ¡qué paseos! ¡qué catalanas! ¡y qué catalanes!

A estos últimos debo agradecimiento especialmente á los periodistas Miguel Toledano y Julio Víctor Tomey que se han deshecho en festejarme y agasajarme, y sobre todos al dueño de este periódico, don Pedro Motilba, á quien deseaba conocer y por el que hice mi viaje.

Y ya que hablamos de don Pedro, debo manifestarles que piensa introducir notables mejoras en LA SAETA desde 1.º de Enero y por las muestras de lo que yo he visto estoy por calificarlas no de notables, sino de sobresalientes y me quedo corto.

A quien no he conocido es á nuestro Director que se halla en París, buscando nuevos aliados para satisfacer al infinito número de lectores que tiene este periódico.

Sírvale de saludo este modesto recuerdo.

¡Y conste que muy pronto volveré á hacerles una nueva visita!

José BRISSA

TEMPESTADES

A MI QUERIDO AMIGO Y MAESTRO EL INSIGNE POETA DON MANUEL CAÑETE.

I

Como produce estancamiento insano
si es duradera, la apacible calma,
amo la tempestad embrecida,
que esparce los efluvios de la vida
al romper en los cielos ó en el alma.

II

El rugiente Océano,
cuando le azotan roncros vendabales,
se corona magnifico de espumas,
cuaja en su seno perlas y corales
y vida emana, levantando brumas;
y el pantano sereno,
traidor oculto bajo verde lama,
asilo es del reptil, y forma el cieno,
que, impalpable, mortifero veneno
por la tranquila atmosfera derrama.

III

Cuando se tiende como negro manto
en el azul fluido,
espesa nube, produciendo espanto,
súbite el rayo rásgala encendido,
resuena con mocion atronadora
y el nublado espantoso estremecido
en lluvia se deshace bienhechora.

Cuando chocan las nubes en la mente,
vibra y relampaguea,
como rayo fulgente,
la luminosa idea,
con voz de trueno la palabra brota,
y el nublado iracundo

se deshace cayendo gota á gota
en lluvia de verdades sobre el mundo.

IV

En el fondo del mar el bien palpita:
el ánimo enervado en los placeres
cobra en la adversidad fuerza infinita,
y en el laboratorio de los séres,
todo aquello que ha muerto resucita.
La tormenta es presagio de bonanza;
del desengaño nace la experiencia,
de la duda la ciencia
y del triste infortunio la esperanza.
Un espinoso arbusto da la rosa;
sale volando de la larva inerte
como una alada flor, la mariposa;
brilla el iris en nube ennegrecida
y bullen en el seno de la muerte
los gérmenes fecundos de la vida.

V

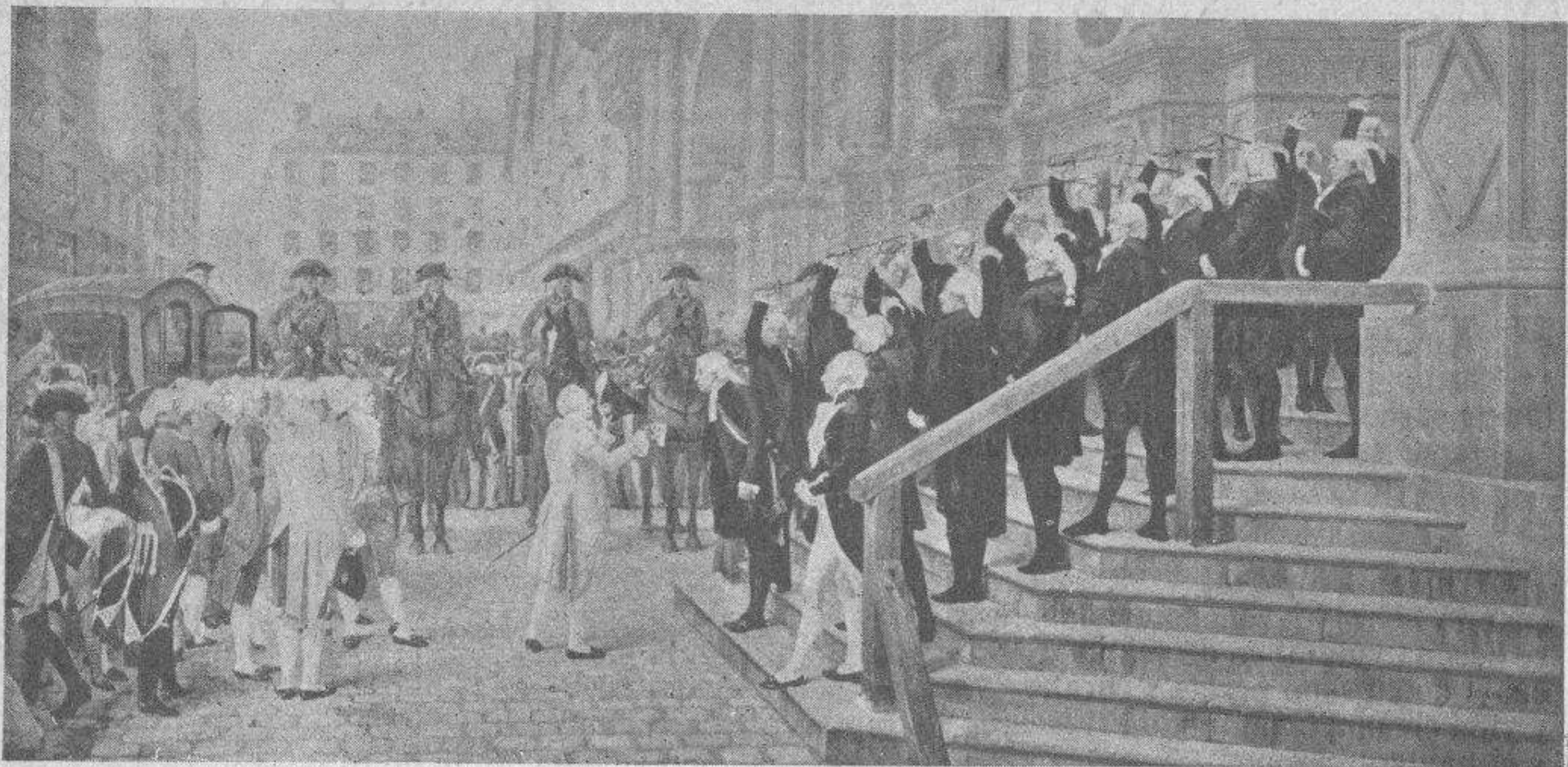
La gloria es grande si la lucha fuerte,
la estatua á golpe de cincel se labra,
la tierra con el hierro del arado,
y el error de su altar cae desplomado
al golpe inmaterial de la palabra.

El seno se desgarrá al nacimiento;
la religión se prueba en el martirio
la virtud es combate turbulento,
el genio tempestad, fiebre, delirio;
al soplo del simoún crecen las palmas,
surgen de las borrascas las centellas,
del incendio del caos las estrellas
y el amor del incendio de las almas.

JOSÉ P. VELARDE



SORTEO DE UNA NUEVA VESTAL. — Cuadro de Hector Le Roux.



LA BÓVEDA DE ACERO. — Cuadro de Paul Laurens.

MIS CANTARES

Si en mi cantar sencillo, dulce patria,
Tierra sagrada de mi humilde cuna
Arrulló al triste son de sus baladas
Mi madre con amor;

Si en canto lemosin puedo algún día
Retejer tu corona, que hoja á hoja,
Dispersó por tus fértiles llanuras
El secular rigor;

Del antiguo juglar la lira muda
Arrancaré de su húmedo sepulcro,
Y al genio que, llorando entre sus losas
Aun vaga, invocaré,

Y despertando las que el mundo admira
Sombras sagradas de perenne gloria,
De tus condes y reyes las famosas
Batallas contaré.

Jouen, oh patria, soy; tiembla mi mano
De Marchs y Jordis al pulsar el arpa;
De Cabestany el arpa en que de oro
La cigarra brilló;

Joyen soy; mas del nombre laetano
El recuerdo inmortal arde en mi mente,
Y lo que en años falta, en patrio fuego
Mi pecho atesoró.

Duro el canto será: sin armonía
Saltarán de mi pecho ardientes sonos,
Cual chocando el acero enrojecido
Chispas brillantes da;

Mas no los tacharéis de bastardía,
Pues serán, aunque duros lemosines.
Ricos de fe y amor y de gloriosas
Memorias de otra edad.

Libres serán, cual águila en su vuelo,
Altivos cual los montes que sus crestas
Elevan hasta el cielo, y que la nieve
De mil años ciñó;

Ni en resonantes bóvedas erguidas
En ligeras columnas de oro y mármol
Darán venal laurel al que tan sólo
Desprecio mereció.

Ni temas patria, que en cantar alegre
Tus lágrimas insulte de viudeza,
Ni de los que tu cetro destrozaron
Recuerde la vil grey.

Deme su genio el laetano genio
Para cantar al mundo la alta gloria
De los que le impusieron algún día
Su diadema y su ley.

Su voz me prestarán los trovadores,
Desde el marmóreo lecho do reposan,
Y en dulce lemosin, pues es la lengua
En que ruego al señor,

Cantaré tus grandezas, Cataluña,
Tus condes y guerreros que en la arena
El pendón arrastraron de Mahoma,
De tu pueblo terror.

Cantaré al paladin que en las orillas
Del Jordán venerado, que tiñera
El Hombre-Dios con su divina sangre,
Por él su sangre da,

Y al gallardo doncel, que ágil de planta,
Pendiente el arpa atrás que al viento gime,
Bajo el balcón dorado de su niña
Su trova á cantar va.

Y cantaré el amor y sus dulzuras,
Y la hija gentil de las montañas,
De cuerpo más airoso que urna griega,
Más que la intacta flor:

Pues no siempre resuena en los palacios,
Ni en góticos castillos, ni en ciudades,
Sino también en la cabaña humilde.
La voz del trovador.

MENÉNDEZ PELAYO



EL TOCADO.



LAS SANTAS PATRONAS DEL PAÍS DE FRANCIA. — Obra de José Aubert (parte derecha).

UNA LÁGRIMA

AL TAJO.

Corre, corre dulcemente
 río azul de arenas de oro:
 las aguas de tu corriente
 lleva hasta el mar de Occidente
 al pie del ángel que adoro.

Allí, cuando el sol brillante
 al asomar centelleante
 de luz arroje un raudal,
 reflejarás su semblante
 en tu trémulo cristal.

Y si su pecho querido
 exhalara entre la bruma
 algún suspiro perdido,
 en la plata de tu espuma
 tenlo para mí escondido.

Corre, Tajo placentero,
 corre al atlántico mar
 y de allí al cántabro fiero,
 y al ángel que tanto quiero
 recuérdale mi penar.

Toma:—una lágrima mía
 va flotando entre tus ondas:
 si á la luz de un claro día
 ella mira hacia la ría
 ¡oh, Tajo! ¡no se la escondas!

Y si eres tan cariñoso
 que esa lágrima le enseñas,
 bien harás, el caudaloso,
 porque al fin, aunque es penoso,
 lágrimas quebrantan peñas.

Esa lágrima preciada,
 en tus ondas engarzada
 lleva el ártabro horizonte:

no la dejes olvidada
 ni en el valle, ni en el monte.

Llévala Tajo, entre rosas,
 entre sus aromas suaves,
 á nuestras playas hermosas;
 y ocúltala de las aves
 no la roben caprichosas.

Corre así el vergel de España,
 corre el vergel lusitano...
 y ahora ¡oh, Tajo! en verano,
 si ella en tus ondas se baña,
 cuando formes ya océano;

Haz que esa lágrima, ardiente
 por el amor que atesoro,
 al recogerla en la frente
 quede en su seno turgente
 para que *sienta* mi lloro!

Quede allí, en el ángel mio
 como expresión de mi pena;
 quede allí en su seno ¡oh, río!
 como perla de rocío
 temblando en una azucena.

¡Adiós!—corre entre las flores
 reflejando sus colores
 ¡oh, río de Garcilasos!
 ¡oh, río de los amores!

que el sol ya muere en su ocaso;

Y al primer rayo del día,
 cuando ondulas á su albor
 allá, en la artábriga ría,
 haz de esa lágrima mía
 cuanto te ruega mi amor!

BENITO VICETTO

ARRIA

I

Era el año 43 de Jesucristo.

Había amanecido para Roma uno de esos días que hacen época en la historia de las naciones, y cuyo recuerdo se transmite de generación en generación.

El cielo de un color fatídicamente cobrizo, y los débiles rayos de un sol medio oculto por siniestras nubes, amenazaban lluvia y tempestad.—Sobre la ciudad eterna cernía sus negras alas el ángel del terror

Veíase á los soldados armados, como en días de combate, pasar severos y silencios, con espanto del pueblo, que no llegaba á explicarse la causa de aquellos preparativos, pero que instintivamente comprendía que iba á presenciar algún terrible castigo, más que justicia venganza, dispuesto por el emperador Claudio.

En todos los semblantes veíase pintada la curiosidad mezclada con cierto vago temor, que se tornó dolor profundo, esparcida que fué por la ciudad la noticia de que la víctima ilustre que, con otras, iba á ser sacrificada era Caecina Paeto, varón consular, muy estimado por su recto juicio, y por su carácter dulce y jovial para con los pobres, y modesto para con sus iguales.

El crimen de Paeto era su fidelidad á Camilo Escriboniano, enemigo implacable de Claudio, contra quien últimamente había conseguido sublevar la Iliria.—Vencida la rebelión, y muerto Camilo, aun no se vió satisfecha la venganza del Emperador romano, que hizo conducir á su presencia al desgraciado Paeto, desde la Esclavonia, donde se había guarecido

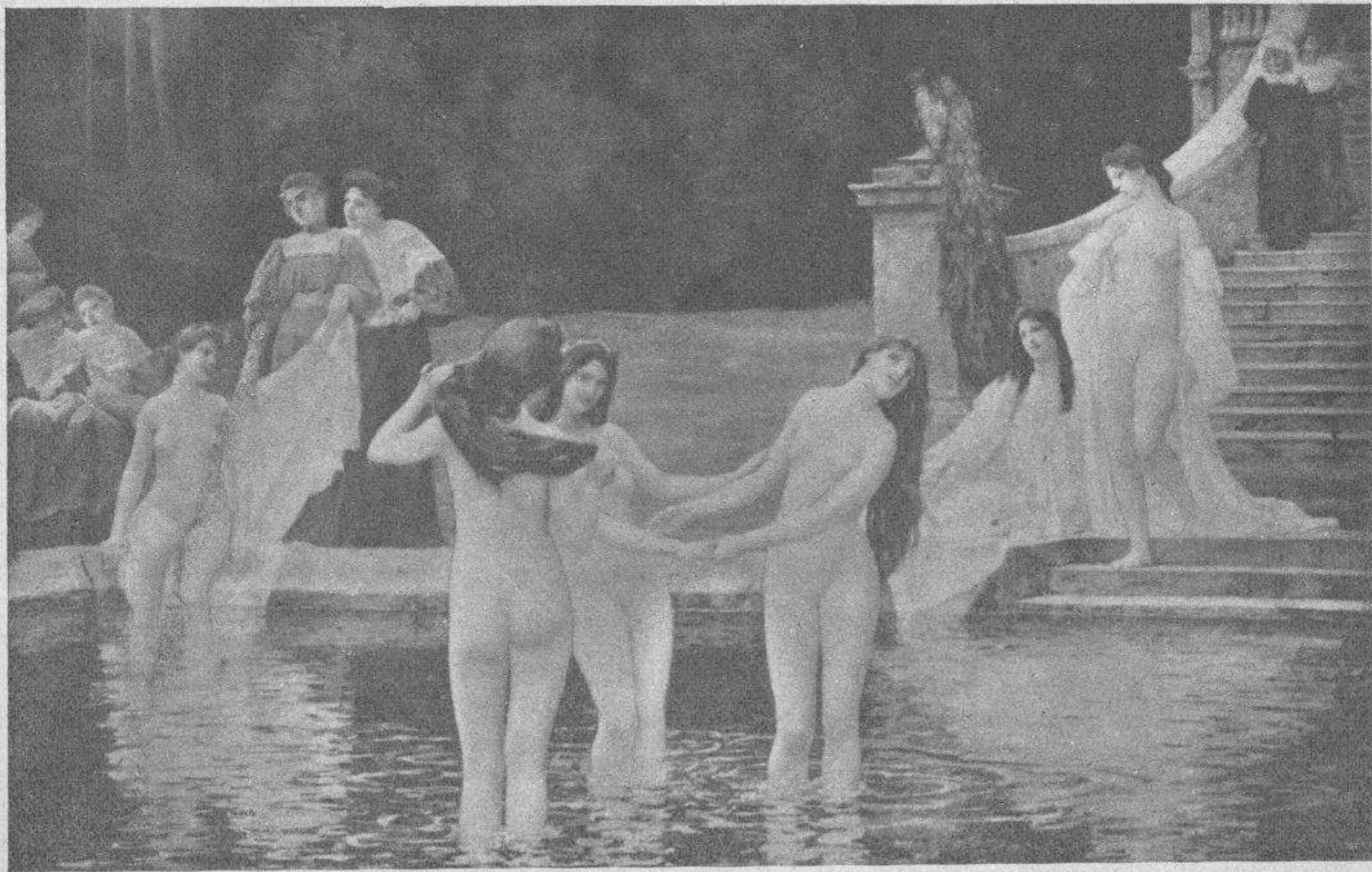
¡Fatalidad es por cierto, que se inclinen siempre al mal los que más bien pueden hacer.

Paeto fué condenado á muerte.

II

Tres horas faltaban para la ejecución, y ya en los rostros poco antes tristes y apenados, veíase por la ciudad que Claudio iba á perdonar á la ilustre víctima.

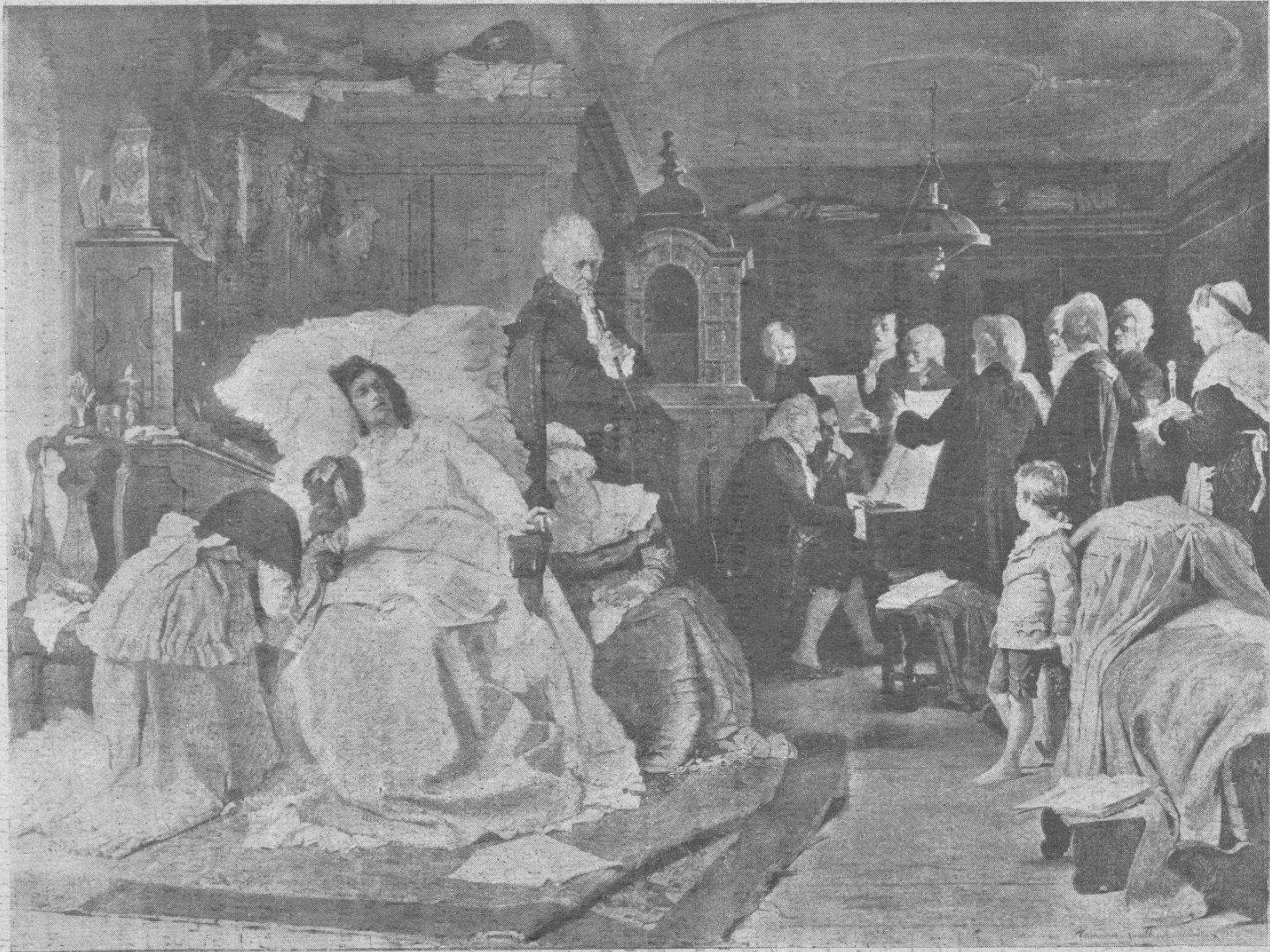
—¿Quién habrá logrado enternecer el corazón de roca y torcer la voluntad de hierro del



PAFOS. — Cuadro de Gerguet.



LA CARTA DEL VOLUNTARIO. — Cuadro de Luis Bechi.



ULTIMOS MOMENTOS DE MOZART.

adusto soberano?—preguntábanse unos á otros.—¡Una mujer, bella como la virtud, esposa dignísima del honrado Paeto. La noble, la hermosa, la esforzada Arria.

Arria adoraba en su esposo; separarse de él era la muerte para ella; su vida era la muerte con él.

Cuando en Esclavonia supo que Paeto iba á ser conducido á presencia del temido Claudio, ella pidió acompañarle, fundándose en que *no pudiendo negar á una persona de la categoría de Paeto (ya hemos dicho que era varón consular) un esclavo para servirle, ella quería encargarse de aquel cuidado* (1). Los sicarios del Emperador no quisieron acceder á esta súplica, y la valerosa Arria, sola se arriesgó á atravesar los mares en un débil esquife, siguiendo la embarcación que llevaba á Roma la mitad de su alma.

Arria no quiso apartarse un momento de su idolatrado esposo, pero solo consiguió que se la permitiese pasar el día y la noche junto á la puerta cerrada de la prisión. Allí permaneció hasta que un soldado se la acercó diciendo:

Apártate, apártate de esa puerta si no quieres ver morir á Paeto. El Emperador manda que muera, y que su cadáver sea llevado por la ciudad en una pica.—Aparta, mujer.—Si soy yo, quien le ha de matar y te encuentro aquí, creo que desobedeceré al mismo Emperador.

Arria dirigió una mirada de gratitud al soldado, y sin decir palabra se alejó de aquel sitio.

Atropellando guardias, y sufriendo serena denuestos é injurias de la feroz soldadesca, llegó Arria á presencia del Emperador.

—¿Es cierto, le dijo, que has condenado á muerte á Cæcina Paeto?

Sí, ¿quién se atreve á preguntarlo?—contestó con ceñudo rostro el feroz Claudio.

—¡Yo! yo que soy su esposa, y que quiero morir si él muere.—El muere por ser fiel á la amistad de Camilo Escriboniano, tu enemigo; yo por serlo al amor de mi esposo, tu enemigo también.—«¡Quieran los cielos que sobre ti y sobre tus hijos, y los hijos de tus hijos, caiga la la sangre que vas á derramar!»

Y Arria gritaba á presencia del sorprendido Emperador. «¡Venid! ¡vosotros los que servís al tirano! ¡venid, cobardes, que sólo ese nombre merecéis! ¡venid!—¡Muera Claudio! ¡Muera vuestro señor!»

Claudio temeroso de que el ejemplo de aquella mujer estimulase el valor de los descontentos, á quienes hasta entonces contuviera el sistema de terror á que había recorrido para conservar su puesto, creyó calmarla diciendo:

—Perdono á Paeto.

El furor de Arria tornóse súbito dulzura y agradecimiento.—Aquellas palabras significaban para ella un mundo de esperanzas.—Otra vez iba á vivir dichosa al lado de Paeto, del único hombre á quien amaba.—Cayó de hincos, y escaldando sus mejillas lágrimas de felicidad y gratitud, besaba el manto de púrpura del Emperador.

La belleza de Arria había hecho, sin embargo, nacer en la mente de Claudio un deseo que, en su carácter duro y despótico, era ya una necesidad.

—Sé mía, añadió pasado un momento, sé mía, y después Paeto, y tú podréis vivir tranquilos.—Paeto, que es mi enemigo, tendrá honores y riquezas. Tú tendrás por esclavo á quien es señor de Roma.

La ira y la desesperación pintáronse en el rostro de Arria; un instante estuvo inmóvil mirando con profundo desprecio á quien ya consideraba su verdugo, y al fin salió altiva y resuelta, dejando lleno de asombro á Claudio y diciendo á uno de los soldados:

—¡Dejadme! vuestro señor perdona á Paeto, con la condición de que sea suya. Voy á dar esta buena noticia á mi esposo.—Luego traedme á presencia de vuestro señor.

III

Arria entró en la prisión de su esposo, y sacando de entre sus vestiduras un puñal, le dijo:

—Nuestra suerte está decidida. Si no quieres la deshonra de quien se honró siendo tu esposa, muere como yo muero.

Y rasgando sus ropas sepultó en su pecho el puñal.

Haciendo después un doloroso esfuerzo, sacó el arma fatal, y entregándosela á Paeto, le dijo:

—Toma; esto no hace mal.

Paeto siguió el ejemplo de su esposa.

IV

Cuando los soldados del Emperador entraron en la prisión, retrocedieron aterrorizados, viendo los cadáveres de Arria y Paeto.

Claudio no pudo nunca desechar de su imaginación el recuerdo de aquel acto de sublime heroísmo.—Siempre fué fatídica sombra de su sueño la muerte de la noble, de la hermosa, de la esforzada Arria.

CARLOS FRONTAURA

(1) Canseco. — Diccionario de Mujeres célebres.



EL SECRETO DEL AMOR.



EL GORJEO DE LAS AVES. — Cuadro de G. Rochegrosse.

LAS AVES DEL CIELO

Suave destello que la vida alumbras,
risueña imagen de hermosura extraña,
¿cuál es tu nombre, que saberlo quiero?
«Soy la esperanza.»

¿Por qué te alejas de mis turbios ojos?
¿Por qué en el cielo desplegar tus alas?
¿Dónde caminas que saberlo quiero?
«¡Voyme á mi patria!»

Palma de flores que me enseña el genio,
rayo de fuego que ilumina el alma,
no sé tu nombre, mas saberlo quiero. . .
«Gloria me llaman.»

¿Por qué tu tallo se pobló de espinas?
¿Por qué se nubla tu luciente llama?
¿Por qué me dejas y te vas al cielo?...
«¡Voyme á mi patria!»

Angel celeste de purpúreo brillo,
casta paloma de nevadas alas,
diceme el alma que el amor te nombras...
«Y no te engaña.»

.....
¡Oh si la vida detener pudiera
el tenue vuelo de tu lenta marcha!
¡Baja del cielo, que me dejas sola!...
«¡Voyme á mi patria!»

Blanca azucena del vergel frondoso,
reflejo suave de la luz del alba,
¿eres la sombra que ilusión se dice?
«Soy cual me llamas.»

.....
¡No me abandones, que la vida es corta,
y ya entre sombras la existencia vagal
¡Vuélvete un punto, que la noche llega!
«¡Voyme á mi patria!»

.....
¡Todo se aleja del mundano suelo!
¡Todo en la tierra para siempre acaba!
¡Feliz momento cuando el alma diga...
«¡Voyme á mi patria!»

ROSARIO DE ACUÑA DE LAIGLESIA



JURAMENTOS Y BESOS

(DE HEINE)

¿Por qué jurar y ofrecer?
Bésame con frenesí,
Pues nunca, hermosa, creí
En palabras de mujer.
Si tu voz me da placer,
Más dulce tu beso siento:
Que eres mía experimento,

Y así mi ventura labras;
Que lo demás son palabras,
Palabras que lleva el viento.

—
¡Pero, no, promete y jura!
Una palabra, mi vida,
De tu boca bendecida

Toda mi dicha asegura.
Gozo yo tanta ventura
Cuando extasiado me ves
En tus brazos ó á tus pies,
Que imagino, á no dudar,
Que por siempre me has de amar,
Y aun has de amarme después.

T. LLORENTE

PERTILES

y Bonito



EL PRURITO DE LA MODA

Para quien tenga salud y no le falte una peseta, en cuanto sepa prescindir de ciertas idiosincrasias de esa entraña que llaman corazón, no deja de ser muy divertida la bola llamada tierra, en que vivimos.

Porque, empezando por considerar el conjunto de trapos y chucherías variadísimas con que se adorna ó afea el ser humano, hay para distraerse mucho tiempo viendo desfilan un carnaval interminable de épocas y de naciones.



Uno, entonces, se pregunta á sí mismo: — ¿A qué obedece tanta variedad? ¿A diferencias de clima? — No, porque en todos los pueblos, — los que se llaman civilizados, se entiende, — se cambia y vuelve á cambiar el traje. — Entonces, sin duda, á la ley del progreso que, según dicen, todo lo perfecciona. — Mentira, porque creo que, tocante á indumentaria, cada día vamos estando peor, así se mire desde el punto de vista estético como bajo el prisma utilitario.

No me esforzaré en demostrarlo, porque lo dicho no necesita demostración alguna; ello salta á la vista.

¿Y la ley del progreso, entonces, dónde está?

¡Bah! esa no es más que una frase vacía; (sea dicho con perdón de muchos que no opinan como yo, porque así les conviene ó porque están acostumbrados á que se les dé todo hecho, hasta las frases mismas); la ley del progreso debió de existir al principio del mundo, pero lo que es hoy no existe, ni mucho menos. ¡Sí, murió hace ya muchos siglos! (¡Que en paz descansel!)

A la ley del progreso sucedió la moda, terrible y contagiosa enfermedad de la que nadie se libra y que, de día en día va tomando proporciones alarmantes, porque llega á rayar en delirio.

A tanto llega que ya no sabemos que inventar que disfrace de nuevo nuestras formas, y ya no tan sólo nuestros cuerpos disfrazamos, sino hasta los pensamientos, los gustos y las afecciones mismas; en términos de que perdida la aguja de marear, ni sabemos á qué hemos venido, ni qué queremos ni á dónde vamos á parar, ni nada.

Lo nuevo, por estúpido que sea, siempre es lo mejor. Vengan pues novedades á granel, aunque se hunda todo.

El animal más insignificante se rige por su instinto, siempre regular; pero el hombre, el rey de la Creación, parece no regirse ya por nada, más que por un deseo de singularizarse, aun cuando sea yendo por caminos opuestos á su naturaleza y á toda razón.

En lo que atañe al arte, se pronuncia por lo asqueroso.





Respecto á moral... Otro día hablaremos, que hoy es tarde y, además no quiero entristecerme.

Y hasta en lo sensual, el hombre va degenerando de una manera visible.

¿Pues no hay ya quien gusta más de la amarga cerveza que del más exquisito vino y apetece el queso con gusanos y las aves guisadas con todo aquello que engulleron poco antes de morir?

¡Y que aun haya quien afirme y sostenga que progresamos!

Vaya, que no estoy conforme, digan lo que quieran todas las innumerables eminencias modernísimas que nos han dado también la moda.

Yo opino que el hombre es el ser más extravagante que jamás haya existido; tanto, que no me maravillara de verle cualquier día andar cabeza abajo y que en vez de tender la mano al amigo, le ofreciese el pie.

¿Cómo no, si ya en todo mete, no el pie, sino la pata? Y, aun así fuera demasiado cuando todo se hace sin cabeza y sin pies.

En fin, que por la chifladura de la novedad, el globo terráqueo mereciera estar metido dentro de una jaula.

¡Ah! y que en la jaula pusiesen en letras grandes la palabra «manicomio».

No fuese que, andando el tiempo, la locura de acá contagiase á nuestros presuntos hermanos habitantes de la luna y demás congéneres del mundo sideral.



ETCÉTERA

Dibujos de XAUDARÓ.

Imitacion del cantar de los cantares.

Ven á tu huerto, amado,
que el árbol con su fruto te convida;
el céfiro callado
espera tu venida;
tú al céfiro y al huerto das la vida.

Del alba nacarada
la lumbre esquiva la purpúrea rosa
á la tierra inclinada:
la abeja silenciosa
ni en torno zumba, ni en la flor se posa.

Ni á su consorte alhaga,
el ruiñen, sin ti, cantando amores;
ni mariposa vaga
inquieta entre las flores,
tendiendo al sol sus alas de colores.

Ven, esposo, á tu huerto,
á dar vida á los céfiros y flores;
ven, que mi pecho abierto
á tus dulces amores,
sin ti, mi bien, es huerto sin olores.

Ven, y á la fresca sombra
de las cruzadas ojas del manzano,
sobre la verde alfombra,
beberás, dulce hermano,
rica leche, ordeñada por mi mano.

Y á los gratos olores
de la mirra, del nardo y de la rosa,
gustarás los sabores
de rubia miel sabrosa,
y el zumo de la huva deliciosa.

Ven, que por ese prado
el sol ardiente tus mejillas tuesta.
aquí el roble copado
blanda sombra nos presta,
y en mi regazo pasarás la siesta.

Yo duermo descuidada;
mas del esposo, el corazón velando,
espera la llegada;
ya oí su acento blando;
el esposo á mi puerta está llamando.

—Abre, esposa querida;
no te detengas, no; consuelo mío,
ábreme, por tu vida;
temblando estoy de frío,
mis cabellos cubiertos de rocío.

—¡Ay! que el desnudo pecho
tiemblo al aire sacar, esposo amado,
de mi caliente lecho!
¡Ay! que el pie delicado
tiembla tocar el pavimento helado.

Sus dedos el esposo
entró por las rendijas de la puerta;
á su tacto amoroso
el corazón despierta,
y toda tiemblo y me estremezco incierta.

Alcéme presurosa
para abrir al amado que esperaba,
y mirra muy preciosa
mi mano destilaba
que corrió por los gonces de la aldaba.



VERANO.

Abri; mas ya cansado
no me esperaba, ay triste! y era ido!
Mi corazón llagado,
de cruda ausencia herido,
llámalo y no responde á mi gemido.

Los guardas me encontraron
que la ciudad custedian, y me hirieron,
y el manto me quitaron;
como sola me vieron,
y ramerilla pobre me creyeron.

Doncellas de Judea,
si hallárades por dicha en plaza ó calle
al que el alma desea,

que torne suplicalle
y no vuelva á perderse por el valle.

Gallarda es su figura
como el cedro del Libano eminente;
su blanca dentadura
son perlas del oriente,
y bruñido marfil su tersa frente.

Conoceréis quien sea
si vuestro pecho palpité al miralle,
Doncellas de Judea,
que torne suplicalle
y no vuelva á perderse por el valle.

VENTURA DE LA VEGA

MISCELANEA

Estando para partir de Londres á Bhat la duquesa de Devonshire, que era una de las mujeres más hermosas de Inglaterra, se aproximó á ella un marinero y se quedó mirándola con la más extraordinaria atención.

Ya iban á montar á caballo los postillones, cuando sacó éste un cigarro de su petaca, se acercó á la duquesa y le dijo:

—Señora, ¿tendrá usted la bondad de prestarme un favor?

—¿Y en qué, contestó ella con dulzura, puedo serle útil?

—Yo señora, respondió el marinero, quisiera que me permitiese usted encender el cigarro en sus ojos.

Sonrióse la duquesa al oír una galantería tan original, pero no se enojó. Después cuando los caballeros de la alta sociedad le dirigían agradables cumplimientos, solía decir:

—Todo eso es muy bueno; pero es mucho mejor lo que me dijo el marinero.

* * *

Refiriendo uno sus viajes, nombró pueblos que nunca se han visto en ningún mapa. Uno de los que le escuchaban, no pudo menos de interrumpirle diciendo:

—Usted no observa la geografía.

—¡Oh! en cuanto á la geografía la dejamos ya á la izquierda.

* * *

Un amigo nuestro mandó ayer á su criado astur legítimo, que le comprase una libra de azucarillos.

Lanzóse el astur á la calle, y poco después regresó con las manos vacías.

—¿No has ido por los azucarillos? le preguntó su amo.

—Sí, señuritu.

—¿Y los has traído?

—No, señuritu.

—¿Y por qué razón?

—¡Je! ¡Miréus y estaban apolillados!

Cuando Carlos Dickens publicó su *Pichoeck*, presentósele un joven artista, le enseñó algunos dibujos, y se ofreció á ilustrar sus obras con grabados. Dickens desestimó la pretensión, y el joven dibujante, sentido de esta negativa, dijo para sí: «será menester que me escriba las novelas yo mismo». Hízose poeta, si es lícito expresarse así y en breve Dickens tuvo un rival, el más peligroso de todos, en ese joven que no era otro que Thacheray, el célebre autor de *Vanity fair*.

* * *

Haciendo mención en una tertulia de los ecos célebres, varias personas aseguraron sucesiva y progresivamente haber tenido el gusto de oír repetidas por el eco, en este ó en aquel sitio, cuatro, cinco, seis y aun siete palabras.

—Señores, exclamó un andaluz, todos esos ecos que ustedes dicen son unos pobrecitos. Estando yo en cierto paraje tuve la ocurrencia de gritar:—¿Cómo está usted? Acto continuo, el eco me respondió: muy bien, gracias.

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Propietario:
Pedro Motilba.

Director:
V. Suárez Casañ.

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Semestre..	5 ptas.
Año.	8 ,
Extranjero y Ultramar.	15 ,

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado.

Imprenta LA ILUSTRACION, á cargo de Fidel Giró. Calle de Valencia, 311 — Barcelona.